Antón Costas

El desconcierto de los partidos

España encabeza el ranking de pérdida de confianza en la democracia en Europa, según los datos del *Informe sobre la democracia en España 2015*, de la Fundación Alternativas. En el 2000 era el país con menor insatisfacción, tras los países escandinavos. Ahora ha aumentado acercándose a la de los países del este europeo. Ningún otro país ha sufrido un desplome tan abrupto.

¿Qué puede explicar este desplome? Los sospechosos son dos. Primero, la crisis económica. Hay que recordar que España encabeza también el ranking de desempleo y caída de ingresos de los hogares. Segundo, la crisis social. También España lidera el ranking de deterioro de la desigualdad y aumento de la pobreza. Es lógico suponer que la intensidad de estas dos crisis explique la intensidad de la crisis política. Pero no está tan claro.

Lo sorprendente es que la insatisfacción con la democracia no es exclusiva de las personas que más han sufrido el paro y la caída de ingresos. Es transversal, con pocas diferencias entre hombres y mujeres, mayores y jóvenes, empleados y parados, ricos y pobres.

Y más sorprendente aún: la mayor insatisfacción se produce entre las personas más informadas y más interesadas en la política. La clase media profesional, integrada por jóvenes con formación superior, muchos de ellos sin oportunidades de progreso, profesionales que han perdido el empleo o ejecutivos que han visto afectadas sus expectativas.

Una forma de comprobarlo es viendo quién vota a Podemos, Ciudadanos y las formaciones de izquierda alternativa. El apoyo mayoritario les viene de esa clase media. La falta de expectativas y oportunidades y el malestar con el funcionamiento de la política (corrupción, democracia interna partidos, listas electorales cerradas, falta de transparencia y rendición de cuentas) es lo que mejor explica el malestar con la política de la gente informada.

Es esa misma clase media la que presta su voz al malestar social difuso. Y la que está provocando una mutación en el sistema de partidos a través de un desplazamiento tectónico de voto desde los tres partidos mayoritarios a las formaciones nuevas o emergentes.

¿Cómo han reaccionado los partidos políticos mayoritarios –PP, PSOE y CiU– a ese malestar con la política? Con desconcierto.

El PP y el Gobierno de Mariano Rajoy se han refugiado en las reformas laborales y en la mejora de la economía con la esperanza de que la recuperación de la actividad y del empleo hagan olvidar las causas de ese malestar político. Pero la economía hoy no gana elecciones.

JAVIER AGUILAR

El PSOE no se ha recuperado aún de la ceguera de Rodríguez Zapatero y de la percepción de pérdida de soberanía política que produjeron los recortes de gasto social y el cambio de la Constitución. Sus propuestas se centran ahora en la desigualdad y la pobreza. Pero las políticas redistributivas tradicionales hoy tampoco ganan elecciones.

CiU y el Gobierno de Artur Mas están desarbolados por su gestión de la crisis. Sufrió un castigo ya en las elecciones del 2012. Este varapalo y la explosión de la corrupción en su seno la han llevado a diluirse en la ANC con el señuelo de la independencia. Pero parece más una huida que una respuesta al malestar catalán.

Este desconcierto de los partidos políticos continuará después de la elecciones, y más allá.

Después de las autonómicas catalanas, el desconcierto será elevado cualquiera que sea el resultado. Primero, porque lo que no puede ser, no puede ser. Segundo, porque no hay alternativa a la vista. Pero el desconcierto también seguirá después de las generales de diciembre debido a la ruptura del bipartidismo. En ambos casos veremos estrategias de coaliciones que producirán extraños compañeros de cama.

Pero el desconcierto irá más allá de las elecciones. Tanto de los partidos tradicionales como de los emergentes. Por una serie de razones. Primero, porque no será fácil hacer frente a los déficits institucionales y políticos que están detrás del malestar de las clases medias. Segundo, porque costará que surjan nuevas propuestas contra el desempleo, la desigualdad y la falta de oportunidades que se concilien bien con la camisa de fuerza del euro y la globalización financiera. Y, tercero, porque el rápido e intenso cambio técnico asociado a la revolución digital y a los robots inteligentes trae nuevos retos para la economía, el empleo y la desigualdad de renta y oportunidades.

Esta situación compleja no tiene respuestas políticas simples. Y eso hará que el desconcierto de los partidos sea prolongado. Pero, al menos, el rumbo parece claro: necesitamos un nuevo contrato social y político basado en un nuevo progresismo como el que se logró en el pasado, basado en un nuevo Bretton Woods internacional, y un nuevo *new deal* europeo. No será fácil. Pero si se logró en el pasado, también se podrá conseguir ahora.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Ignasi Carreras

Diversidad e innovación social

Son cada día más las organizaciones del tercer sector con voluntad de desarrollar su capacidad de innovación, para incrementar su impacto social, en un momento de necesidades crecientes y recursos limitados.

Para ello, intentan recuperar el espíritu pionero que tuvieron en su etapa fundacional. Practican las claves más adecuadas para innovar, como son estar atentos a las tendencias y saber asociar ideas; contrastar sus conocimientos en red; usar el *design thinking* para diseñar prototipos y probarlos, y aprender de éxitos y fracasos. Buscan aliarse con otro tipo de organizaciones innovadoras y complementarias, para desarrollar proyectos compartidos.

Estas estrategias están empezando a cuajar, pero para dar un mayor salto adelante en la evolución de las entidades del tercer sector hacia la innovación social, es bueno recordar una afirmación de Steve Jobs: "La innovación no es cuestión de dinero, es cuestión de personas".

Las organizaciones más innovadoras son aquellas en las que sus líderes entienden e impulsan la creatividad. Está demostrado que hay una relación directa entre la diversidad del equipo, siempre y cuando esté cohesionado, y la capacidad colectiva para innovar. Nos referimos a dos tipos de diversidad. La inherente, que está relacionada con características con las que se nace, como el género o el grupo étnico, y la adquirida, que incluye aspectos que se desarrollan con la experiencia vital y profesional.

Tal como constatamos repetidamente, en ejercicios que hacemos en los programas de formación Esade-La Caixa para oenegés y otras entidades no lucrativas, los directivos de estas organizaciones prefieren reclutar a personas parecidas a ellos mismos. Se valora más conformar equipos homogéneos e identificarse con las nuevas incorporaciones que crear equipos con más diversidad inherente y adquirida.

Reclutar gente con la que sientas afinidad es una buena práctica para replicar el pasado, pero si las organizaciones del tercer sector quieren abordar el futuro con más innovación, deben incorporar gente diferente. Personas que, siendo válidas para sus entidades, traen nuevas competencias y nuevas formas de trabajar. Eso sí, los directivos del sector tendrán que tener inteligencia emocional para gestionar bien la diversidad y las nuevas ideas que estas personas aportan.●

I. CARRERAS, *director del Instituto de Innovación Social de Esade Business School*

Sergi Pàmies

Ficción contra ficción

La propaganda del independentismo es más dinámica que la de sus detractores porque apela a argumentos racionales pero también a intuiciones lírico-emocionales. Ayer, en *El matí de Catalunya Ràdio*, Lluís Llach compareció como político y actualizó las homilías que, cuando cantaba, soltaba entre canción y canción. "Els cantants somiem truites", dijo. En las últimas semanas se ha subrayado, como si fuera un defecto, la incertidumbre de qué pasaría si Catalunya fuera independiente. Es curioso que de repente algunos políticos apelen al realismo y lo confronten a la fantasía de la ficción. La táctica alimenta la estrategia del miedo, que hoy se utiliza con una recíproca falta de escrúpulos. Unos afirman que la independencia es satánica y los otros proclaman que es casi obligatoria. Hace tiempo que la amenaza ha dejado de funcionar con la eficacia totalitaria de otros tiempos.

En cuanto a la ficción, forma parte de la historia. El problema no es tanto eso que la rigidez estatalista reduce a la etiqueta de *disparate* o de *quimera*, sino la corrupción global de la realidad. Cuanto más desesperación genera la realidad, más comprensible es la proyección hacia estadios imaginarios de mejoría (este mecanismo es la base de la estabilidad de muchas parejas que, mientras fornican, imaginan que están con otro). En el contexto de devaluación salvaje de los últimos años, la *quimera* ha tenido un papel terapéutico. La caricatura del *català emprenyat* sustituyó el servilismo fiscal y amargado para abrazar el *somiatruitisme* al que se refiere Llach. Cuanto más intenso es el idealismo planteado como evasión, más frágil es el vínculo con la realidad que se pretende abandonar. Y los políticos no independentistas deberían dedicarse a ofrecer alternativas verosímiles no sólo en el ámbito de la realidad perfectible, sino también de la ficción. Pero insisten en combatir la ficción con una suficiencia que reactiva el deseo de practicarla. Todas las realidades políticas son consecuencia de una ficción previa. Para bien o para mal, la gasolina de la evolución es la ficción. Es más: la realidad es una ficción envejecida.

> Cuanto más intenso es el idealismo planteado como evasión, más frágil es el vínculo con la realidad

Los antídotos más eficaces contra la inverosimilitud de según qué ficciones son la estabilidad, la prosperidad y la justicia. Por eso es tan importante que los partidos que pretenden representar a los que no desean que Catalunya se independice no pierdan energía en desprestigiar una estrategia de la ficción que se alimenta en buena parte de los errores cometidos por quienes se limitan a cebar el descrédito. Mientras parezca más verosímil y guay alcanzar el objetivo de los soñadores que cambiar una realidad inmovilista, ganará la ficción. Por eso urge un giro argumental radical. Propuesta: que esta tarde Rajoy, Margallo, Albiol y Sánchez-Camacho pidan el ingreso en la ANC y cuelguen un vídeo en YouTube enfundados en la camiseta oficial de la Vía Lliure de la Meridiana y cantando *País petit* de Lluís Llach. El independentismo no podría superar semejante golpe de efecto.●